



Parece que hay una busca incansable, en Teherán y Washington, de una solución de su crisis particular, que podría estar propiciada por la inevitable ascensión de Bani-sard —centro de la fotografía— a la Presidencia de la República iraní.

# LA GUERRA POR LA OPINION PUBLICA

EDUARDO HARO TECLEN

**S**i se sigue paso a paso la gran crisis mundial como se sigue el curso de la crisis en un enfermo grave, se pueden tomar pequeños síntomas por decisivos. Se tienen, más que análisis, impresiones. Analizar el cúmulo de datos que se amontonan en estos días es prácticamente imposible, sobre todo porque representan una impureza: la de intereses locales. A nadie se le oculta, por ejemplo, que la actitud de Portugal obedece a una necesidad de Sa Carneiro de afirmar su política de derecha y reclamar ayuda de los Estados Unidos; la espantada de Chaban Delmas, presidente de la Asamblea Nacional Francesa, que ha cortado su visita oficial a Moscú al tener noticia de la deportación de Sajarov, forma parte de la política interior de su país, como la postura del PCF, al aprobar la entrada soviética en Afganistán y repudiar, sin embargo, la cuestión de Sajarov. En todo este contexto habría que situar la nota oficial del Gobierno español protestando contra el confinamiento de Sajarov, que "supone un nuevo golpe a la distensión, que ha de estar basada en el respeto a los derechos humanos" (puede señalarse, de paso, que *distensión* significa, en castellano,

exactamente lo contrario de lo que quiere decir el Gobierno: distender es "causar una tensión violenta"; la traducción más aproximada del término francés "détente" sería "destensión", que no recoge hasta ahora la Academia). Formaría parte de toda la política general de alineación con la derecha nacional, de la vieja confusión deliberada de antisovietismo con anticomunismo, etcétera. Y de la inclinación, en ese mismo sentido, cada vez más marcada, hacia las tesis de los Estados Unidos. Entre todas estas impurezas de la crisis está, sobre todo, la lógica electoral de los Estados Unidos en un año en el que hay que renovar la Presidencia, o el problema interior del Kremlin, que enfrenta —más sordamente— a "duros" y "coexistentes".

Por impresión, más que por análisis, se puede obtener esta semana una sensación más favorable del desarrollo de la crisis. La impresión es que se está librando, sobre todo, una batalla sobre la opinión pública, una gran guerra psicológica. A pesar de toda su rudeza de conceptos, el mensaje a la Unión del Presidente Carter contiene pocas medidas de orden práctico inmediato. El ultimátum para que la

Unión Soviética abandone Afganistán antes del 17 de febrero va seguido solamente de la amenaza de que, en caso contrario, los Estados Unidos boicotearán la Olimpiada. Seriamente, no es alternativa. Los Juegos Olímpicos son, sobre todo, una caja de resonancia, un acto de propaganda. Hasta algunos de los amigos de la Unión Soviética temían que la afluencia de periodistas y visitantes a Moscú sirviera para lo contrario de lo previsto: para que salieran con una mala imagen de la sociedad soviética y de su nivel de desarrollo en cuestión de vida cotidiana. Por otra parte, la eficacia de la medida es contradictoria: hay ya en todo el mundo una amplia polémica sobre si deben utilizar los Juegos Olímpicos en el terreno político y unas críticas acerca de si los que clamaron contra la politización de las Olimpiadas en casos concretos —la matanza de Munich, la exhibición del "poder negro" en Méjico, el boicot a los sudafricanos o a los israelíes— tienen derecho a politizarlas ellos mismos. Ha sucedido lo mismo en el caso del trigo (1), y sucede ya con los nuevos amagos de medidas

(1) Véanse páginas 32-33: "El arma del trigo", por Joaquín Rábago.

anunciadas por Carter. Una de ellas es la reapertura de los registros civiles en los Estados Unidos para la posible reimplantación del servicio militar obligatorio, medida que produce un enorme malestar y que recuerda las quemadas de registros en los tiempos de la guerra del Vietnam y el gran éxodo de desertores hacia el extranjero; otra es la nueva libertad a la CIA para que actúe sin las "injustificadas restricciones" que se le habían impuesto. Pero esas restricciones formaban parte de un regreso a la democracia interior en los Estados Unidos después de la depuración del Watergate. Se trataba de cortar el paso a un poder dentro del poder, a un poder que, según las denuncias, había ganado por la mano a la Casa Blanca y a la Administración, provocando determinados casos que habían sorprendido al país. Volver a los plenos poderes de la CIA es algo que tampoco acepta bien la totalidad de la opinión pública en los Estados Unidos. Y son medidas más alarmistas que reales.

La repentina mejoría de Tito es también un dato de cierto alivio. Podría pensarse que ha habido una exageración en las noticias acerca de su gravedad si no fuese porque, en realidad, la amputación de una pierna en un anciano de ochenta y ocho años es algo tan enormemente grave, que, a pesar de las nuevas fotografías felices, hay que seguir pensando que tendrá consecuencias irreversibles. En lo que sí ha habido exageración, y la sigue habiendo, es en los oscuros presagios de que Yugoslavia sería un campo de batalla entre los dos grandes poderes cuando Tito desapareciera y el casi anuncio inminente de la invasión soviética del país. Yugoslavia, con el declinar de Tito y su probable desaparición a plazo corto, será, sin duda, terreno para la nueva CIA —que, en realidad, es la que siempre ha sido— y la eterna presión soviética.

Impresiona, también, un cierto cambio en las relaciones entre los Estados Unidos y el Irán. La inevitable ascensión de Bani-sadr, favorito de Jomeini, a la Presidencia de la República por la vía electoral —elecciones, claro está, sin ninguna garantía democrática—, no varía la situación del centro del poder, que la Constitución reconoce como depositado en la autoridad religiosa por encima de la civil, pero puede servir de pretexto. Sobre todo, en plena enfermedad cardíaca —real o fingida— de Jomeini. El pretexto funcionaría sobre la base de una amnistía ge-

## LA GUERRA POR LA OPINION PUBLICA

neral que el Presidente electo dictaría y en la que podrían estar incluidos los rehenes de la Embajada de los Estados Unidos, instrumentando su liberación, simultáneamente, con la posibilidad de una cierta acción contra el Sha. Las noticias de que el Sha está detenido en Panamá y que el Gobierno de ese país ha admitido a estudio la demanda de extradición hecha por el Irán (sin ninguna base jurídica real, puesto que entre los dos países no hay Tratado de Extradición ni apenas relaciones diplomáticas) parecen ir en ese sentido y se complementan con los rumores de que habría una especie de juicio o proceso internacional para estudiar sus responsabilidades. Parece que hay una busca incesante, en Teherán y en Washington, de una solución de su crisis particular, bien porque en Teherán haya una inquietud real acerca de una guerra que podría empezar en su propio territorio, bien porque Jomeini tema ahora más a la URSS y al Afganistán que a los Estados Unidos. El tema es perceptible en el propio Afganistán, donde el nuevo Gobierno acaba de promulgar un decreto sobre libertad religiosa en el que garantiza el culto a los musulmanes chiitas o sunnitas, incluso a las religiones hindúes, y anuncia el peso de sus sanciones para quienes obstaculicen esas religio-

nes. Medida, indudablemente, tomada para quitar fuerza a la guerrilla musulmana, pero también para quitar armas al Irán y a Pakistán.

El resumen es que estamos, sobre todo, en el centro de una crisis psicológica, en una guerra por la conquista de la opinión pública. Los Estados Unidos y sus aliados gubernamentales se esfuerzan, sobre todo, en pudrir la imagen de la URSS como potencia mundial y del comunismo como apaciguador internacional o nacional. La URSS, hasta ahora, parece hacer lo posible por contribuir a fomentar esa imagen.

Es indudable que en todo este artificio hay un encubrimiento de la verdadera crisis: un traspaso al tema de la tensión Este-Oeste de lo que es una auténtica crisis económica producida por los asaltos a todo el sistema de producción y organización social de Occidente como consecuencia de la reacción del Tercer Mundo. El sentido de la crisis puede ser el de advertir a la URSS que cualquier intervención en las medidas que se tomen contra esos países no será tolerada y el de determinar una guerra fría en el interior de las naciones en las que la agitación social, como consecuencia del cambio de sociedad y la reaparición de problemas de clases, puede producir incomodidades. ■ E. H. T.



## SAJAROF hace doce años

**D**URANTE muchos años, Andrei Sajarov realizó una actividad subversiva contra el Estado soviético. Fue advertido muchas veces por los representantes de los organismos competentes, de las organizaciones sociales y de los sabios soviéticos conocidos acerca de que tal actividad no podría ser tolerada. Ignorando esas advertencias, Sajarov ha comenzado, estos últimos tiempos, a reclamar abiertamente a los medios reaccionarios de los Estados Unidos para que intervengan en los asuntos interiores de la Unión Soviética. Este es el breve comunicado de "Izvestia" en el que se explica la medida tomada por el fiscal contra Sajarov: su envío a la ciudad de Gorki —sobre el río Volga, a cuatrocientos kilómetros de Moscú— para "impedirle todo contacto con la prensa extranjera". La ciudad —la antigua Nichni Novgorod— y la región que la rodea forman parte de las zonas en las que está prohibida la visita o estancia a todos los extranjeros.

Es posible que a las autoridades soviéticas les haya parecido una medida enormemente suave y que incluso no reviste características de sanción o de represión. Es, efectivamente, una dulce broma en comparación con lo que sucedía a otras

personas en la época de Stalin por actos mucho menos importantes que los que se conocen de Sajarov, a quien se considera como el principal portavoz de los "disidentes". La acusación de estalinismo está, por lo tanto, fuera de lugar. Docenas, tal vez cientos de veces, la URSS ha aplicado medidas mucho más duras con otros disidentes: los internamientos en manicomios, la condena al hambre y el ostracismo, la pérdida de derechos civiles y, en algunos casos, largas penas de prisión. En todos los casos se han producido justificadas protestas en los medios occidentales, sobre todo en los intelectuales, mucho más sensibles que los políticos a toda cuestión de derechos humanos —es su honor—. Pero en ninguno se había reaccionado con tanta fuerza a una medida de represión: la deportación de Sajarov cae en el principio de una guerra fría y de una ofensiva antisoviética de una gran amplitud. Moscú, que ha dado ya ocasión y pretexto a esta campaña con la invasión de Afganistán —"peor que un crimen: un error", según la frase clásica de Boulay de la Meurthe—, entrega ahora a sus enemigos el hombre de una víctima, de un mártir.

Una víctima: Sajarov lo es por sus ideas, por su apoyo al socialismo "con rostro humano", por su paci-



Pase fronterizo de Khyber, entre Afganistán y el Pakistán. La atención del mundo está centrada en la grave tensión en la zona.